
Hayden White y la interpretación del pasado

D. H. Dray

El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica, por Hayden White, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1987, pp. XI, 245. Tomado de *History and Theory, Studies in the Philosophy of History*, vol. XXVII, núm. 3, 1988, pp. 282-287. Traducción de María Teresa Solana.

Este libro reúne ocho de los ensayos de White publicados entre 1979 y 1985, todos ellos relacionados, de una u otra forma, con la teoría de la narrativa y el problema de la representación en las ciencias humanas. Es, asimismo, una secuela, o una puesta al día, de sus reflexiones sobre los mismos tópicos en *Tropics of Discourse*, y más tempranamente, en *Metahistoria*. Cuatro de los ensayos tratan directamente sobre los problemas que plantea la naturaleza de la narración: su autoridad epistémica, su función cultural y su importancia social general. Los otros cuatro se aproximan a los mismos temas de manera más oblicua, polemizando con la obra de Droysen, Foucault, Jameson y Ricoeur. Sólo tres artículos han sido revisados sustancialmente. Para los lectores familiarizados con los primeros trabajos de White, la colección depara algunas sorpresas. Sin embargo, proporciona una placentera elaboración en un número de puntos controvertidos, unos cuantos cambios de énfasis e incluso alguna retractación ocasional; y su tono más sereno sugiere la creciente satisfacción de un pensador audaz y original, si bien sumamente sincrético, con la morada intelectual que ha ido construyendo a lo largo de los años. La impresión general que se obtiene es, no obstante, la de acceder no a un sistema acabado, sino a una obra aún en entusiasta marcha. Incluso aquellos que albergan serias reservas sobre gran parte de lo que White tiene que decir, se sentirán complacidos al verse arrastrados, aunque sea momentáneamente, por las corrientes intelectuales en las que navega con tal pujanza.

Como puede esperarse de un grupo de ensayos escritos en diferentes etapas y con distintos propósitos, en el contenido hay algunos traslapes, algunas incongruencias de estilo y más temas consignados de los que pueden comentarse en esta reseña. Merecen un interés especial: una larga polémica sobre los anales como forma historiográfica por derecho propio en contraste con la crónica así como con la narrativa propiamente dicha, y una exploración de los diferentes enfoques sobre la cuestión de la legitimidad narrativa adoptados por los historiadores de los *Annales*, ciertos filósofos que analizan la historia, teóricos lingüistas que sustentan puntos de vista estructuralistas y posestructuralistas, filósofos interesa-

dos en la hermenéutica e historiadores tradicionales que ven a la narrativa esencialmente como una destreza. Algo muy placentero es también la aguda, aunque respetuosa, crítica de White al intento de Ricoeur de cimentar la narrativa en el tiempo-conciencia humanos —aquí se luce como intérprete del texto de otro. Sin embargo, la embestida central del libro, al igual que gran parte del trabajo previo de White, es la elaboración y defensa de una visión de la narrativa extremadamente interpretativa en la escritura histórica, cuya función real —insiste— es moral y política, no epistemológica y ciertamente, no realista. Esta posición central — aun cuando pueda parecer ingrato decir esto de un libro tan maravillosamente bien informado, sugerente y con frecuencia iluminador—, a mi parecer está frustrantemente poco argumentada.

Un problema recurrente es la tendencia de White, cuando su tesis realista es puesta en duda, a dejar que el argumento retórico, más que el lógico, asuma gran parte de la carga de su defensa. “¿Qué anhelo se expresa, qué deseo se gratifica por la fantasía de que los acontecimientos reales se representan de forma adecuada cuando se representan con la coherencia formal de una narración?”, pregunta ya en “El valor de la narrativa en la representación de la realidad” —como si la explicación de alguien que sustenta esta creencia fuera sólo problemática, no el reclamo de que la creencia es, de hecho, fantástica. Que la historia “pueda” no tener significado es “una posibilidad que nunca debe descartarse”, nos advierte en “La política de la interpretación histórica” —pasando, en seguida, a otros puntos al considerar, sencillamente, la realización de esta posibilidad como un hecho. Se transita muy fácilmente de lo que ciertas consideraciones supuestamente nos conducen a “sospechar”, a lo que puede ser considerado sin lugar a dudas el caso; la idea de que el mundo real puede, como la narración, exhibir una estructura coherente es repetidamente descalificada como una “ilusión”, y la paradoja absoluta es considerada con un sustento casi tan mágico como cuando se dice que una actitud social está “presente” en una narración “en virtud de su ausencia”. La propensión de White por formas de expresión más bien figurativas dificulta también, en ocasiones, deducir una estructura de argumentación clara de lo que tiene que decir. A veces ridiculiza la postura realista que desea atacar, como cuando interpreta la noción de los acontecimientos que hablan por sí mismos, dando a entender que, como la mítica columna de Memnón, éstos realmente hablan.

Cualquier evaluación seria de la tesis de White que sostiene que la narrativa no puede representar a la realidad debe observar con cuidado lo que, desde su punto de vista, *logra* representarla. El contraste que a veces parece tener en mente es el que se da entre ofrecer una narración acabada y el simple reporte de acontecimientos discretos —quizá filtrados de todo significado cultural, o incluso humano, como parece implicar su advertencia de que “el rechazo de la narrativa indica una falta o rechazo de la misma significación”. De manera característica, considera a la narración no representativa por encima de los anales representativos o de la crónica. De hecho, al admitir las exigencias del realismo en

...la embestida central del libro,... es la elaboración y defensa de una visión de la narrativa extremadamente interpretativa en la escritura histórica, cuya función real —insiste— es moral y política, no epistemológica y ciertamente, no realista.



¿Por qué cree White que la conclusión abre un golfo impenetrable entre la forma en que el mundo —el mundo humano— era, y la manera en que las narraciones lo representan?

relación con esta última, White socava considerablemente el argumento para negar una función representativa a la narración, ya que admite que ésta incorpora estas formas simples. En cualquier caso, los reportes de acontecimientos históricos discretos rara vez filtran todo el significado humano de lo que se dice que pasó, incluso los anales que, como el mismo White ilustra, contienen afirmaciones humanamente significativas como “Año duro y con mala cosecha”. Esto hace poco plausible aseverar, como White parece hacer a veces, que las narraciones van “más allá” de la realidad sólo porque éstas expresan típicamente perspectivas característicamente humanas, por ejemplo, juicios de valor. Para él, sin duda, el supuesto carácter no representativo de las narraciones debe ser rastreado en rasgos que hagan posible un *contraste* con los anales y las crónicas. El rasgo que más acentúa a este respecto es su ostensible “cierre”: una estructura de principio-intermedio-fin. En contraste, dice, las crónicas simplemente terminan y los anales incluso no registran continuidades capaces de terminación excepto en el sentido de que se estructuran por una serie continua de datos.

¿Por qué cree White que la conclusión abre un golfo impenetrable entre la forma en que el mundo —el mundo humano— era, y la manera en que las narraciones lo representan? Una consideración que parece creer importante es que ninguna secuencia de acontecimientos reales no se presentan como relatos”. Sin embargo, por la manera en que plantea la objeción, indudablemente la da por sentada. Es cierto que los acontecimientos a los que normalmente nos podríamos referir colectivamente como la Primera Guerra Mundial no llegan a un final en el sentido de que el fin de la guerra sea el fin del mundo; siguen ocurriendo cosas. El punto es, sin embargo, que ninguno de estos nuevos hechos pueden considerarse como acontecimientos posteriores *de la guerra*. La secuencia de incidentes que tendría sentido juzgar esenciales a la Primera Guerra Mundial *llega*, en efecto, a un fin. ¿Acaso el concebir los acontecimientos como lo que constituye la Primera Guerra Mundial es “imponerles” (término de White) un concepto interpretativo que simplemente expresa el juicio “poético” del historiador? ¿Se vuelven “imaginarios” (otra vez, en los propios términos de White) los acontecimientos al ser reunidos bajo conceptos coligados que, como “Primera Guerra Mundial”, aseguran que se les considere desde un punto de vista que toma en cuenta su significado y valor humanos? Incluso reconociéndolo, ésta no podría ser la propuesta que White desea establecer, ya que dejaría sin soporte el argumento de que la conclusión, como *rasgo formal de la narración*, es la que abre una grieta entre los acontecimientos como se narran y un pasado histórico real. Esto plantearía el problema del realismo no en sus formas narrativas (necesarias), sino en su contenido (accidental). A este respecto, resultaría saludable que White prestara atención a las estructuras de principio-intermedio-fin en la historia natural, puesto que generalmente parece asumir que el estudio de la naturaleza está libre de los problemas que supuestamente plantea el realismo por el empleo de la narración en la historia *humana*. Pero una mayor atención a algunos tipos de la historia humana podría

haber sido también útil. Por ejemplo, la historia del arco y la flecha como instrumentos de guerra, o la de la diligencia como medio de transporte, requerirían tanto de una conclusión como, digamos, una historia de una revolución-vuelta-farsa (ejemplo de White). No obstante, sería bastante más difícil discernir el papel del juicio “poético” en su determinación.

La excesiva dependencia de White en la retórica se manifiesta de muchas otras maneras, por ejemplo, en sus comentarios sobre la relación entre narración y política. Al criticar la “desinteresada” forma en que los historiadores de los *Annales* rechazaron la narrativa, deja muy claro que no cree que el escribir narrativa comprometa a los historiadores a escribir también historia política. En donde los historiadores de los *Annales* aparentemente ven una relación necesaria entre los dos tipos de empresa, White piensa sólo en una empresa histórica. Sin embargo, insiste en que la narrativa, como tal, tiene una función política —la que, en virtud de su forma misma, está estrechamente ligada con el apoyo a la *autoridad*. En efecto, llega a afirmar en un punto que la historia narrativa “es, por su naturaleza misma, la práctica representativa mejor adaptada para la producción del ciudadano ‘respetuoso’ de la ley”, porque, al parecer, ésta necesariamente descubre la continuidad e integridad de un tema en cuestión. Para un autor que reconoce, por ejemplo, que Marx escribía historia narrativa, ni el propósito ni el efecto real de cuál fue el estímulo del quietismo político y social es, sin duda, un juicio descabellado que podría parecer menos atractivo si se hubiera formulado la pregunta: “¿Continuidad e integridad de qué?” Pero White no siempre adopta la postura de que la narrativa, por su naturaleza misma, sea conservadora en el sentido político ordinario del término. Algunas veces sostiene solamente que su propósito es siempre apuntalar a una u otra autoridad: en el caso de la historia profesional, quizá sólo a la autoridad de la disciplina. Dado que asocia explícitamente la idea de la política con la del poder, e incluso con la fuerza, puede suponerse fácilmente en este caso que lo que tiene en mente es un uso literalmente coercitivo, profesional, de los paradigmas narrativos. Sin embargo, en una indulgente nota al pie de página observa que todo esto puede ser interpretado “metafóricamente”. Al final, no parece quedar mucho de este énfasis en la narrativa como una empresa política más allá de la idea de que las narraciones históricas típicas expresan, y por ende pueden contribuir a atrincherar, los sistemas de valores (conservadores u otros) sostenidos por aquellos que los construyen. Por qué parecía necesario crear tal tormenta con la idea de “la política de la narrativa” para finalmente establecer una proposición tan ampliamente aceptada, no es fácil saberlo.

White es digno de admiración por la amplitud de su interés y por su buena voluntad para abarcar diversos autores, tradiciones y disciplinas llevado, al parecer, por una genuina creencia de que algo valioso puede aprenderse de todos ellos. Sin embargo, no todos a quienes cumplimenta de esta manera se sentirán satisfechos del uso que hace de sus obras, y los filósofos analíticos de la historia en particular sentirán que en los puntos específicos de doctrina y de

La excesiva dependencia de White en la retórica se manifiesta ..., por ejemplo, en sus comentarios sobre la relación entre narración y política.



La idea de una significación retrospectiva es demasiado fácil de aprehender, con la implicación de que la significación real de un acontecimiento pasado, y no sólo el juicio de la gente sobre éste, puede cambiar con el paso del tiempo.

técnica filosófica White no siempre aprende de ellos lo que éstos pretenden enseñar. Por ejemplo, a pesar de que desea reflexionar detenidamente sobre las bien conocidas discusiones analíticas de la estructura lógica de explicación en la historia, la visión de dicha explicación que generalmente incorpora sin argumento a su propia y más amplia teoría de la comprensión de la narrativa, es la versión de la teoría nomológica. Para citar un solo ejemplo, cuando enlista los que considera los principales rasgos estructurales de la narración incluye la "conexión necesaria", como si la concepción de Morton White acerca de la narrativa explicativa como, idealmente, la búsqueda de una cadena causal, hubiera sido el único paradigma de conectividad que surgiera después de cuatro décadas de polémica. Aquellos familiarizados con los escritos analíticos recientes sobre narrativa se sentirán también desconcertados por la simpatía que White muestra hacia una idea de causalidad "narratológica" retrospectiva, proveniente de Jameson, y que discute como si tal idea fuera un producto obvio del énfasis puesto en la percepción retrospectiva por narrativos analíticos como Danto y Mink. La idea de una *significación* retrospectiva es demasiado fácil de aprehender, con la implicación de que la significación real de un acontecimiento pasado, y no sólo el juicio de la gente sobre éste, puede cambiar con el paso del tiempo. Pero, ¿acaso White sugiere aquí que los historiadores narrativos deben aceptar la idea de que las relaciones causales pasadas cambian del mismo modo con el tiempo? Si es así, necesita decirse todavía mucho sobre cómo exactamente tal idea puede ser coherentemente sostenida.

La necesidad de un análisis más extenso puede ilustrarse también con la afirmación de White de que una narración realmente comprensible debe tener un final de cuento para haber sido "inmanente" en su inicio. Cuando mucho, lo que esto significa es que un recuento narrativo puede, desde el inicio, atraer la atención hacia una significación que los acontecimientos alcanzarán con el paso del tiempo, la que, por cortesía de la percepción retrospectiva, tanto el narrador como el lector conocerán de antemano, sin necesidad de que surja alguna objeción más allá de la impaciencia con un modo de expresión más bien equívoco. Pero si significa que una narración completamente satisfactoria debe representar su principio de tal manera que pueda considerarse que su final se desprende de éste necesariamente, los dos sentidos en los que puede decirse que un final puede ser "necesario" requieren ser contrastados claramente: el de la inevitabilidad causal, dadas ciertas condiciones antecedentes, y el del hecho cumplido y por lo tanto inalterable (aun cuando pertenezca a un futuro que es ahora pasado). Una mayor voluntad de emplear modos analíticos de argumentación puede también haber desalentado a White a afirmar que la naturaleza "ideológica" de la historia narrativa debe descubrirse *tanto* mediante el estudio de lo que los historiadores han escrito, como por medio del análisis del carácter de la narrativa. Porque si el que posea tal naturaleza es una verdad conceptual de la narratología, ¿qué posibilidad hay de preguntar si éste es un hecho empírico?

Pero lo que dará la pauta a los críticos de White es, sin embargo,



menos lo que dice sobre tales detalles que la posición que parece adoptar respecto al punto central del libro. Llega casi a afirmar, sin duda, que todo lo que en una narración histórica va más allá de la crónica pura (o incluso, quizá, más allá de la simple exposición de hechos discretos) es de alguna manera “inventado” por el historiador. Al confrontar tal posición no es necesario argumentar que, al contrario, todo es “interpretado” más allá de la realidad, que la narrativa verídica registra simplemente lo que se percibió en un principio, como fue percibido, si no por el historiador, por lo menos por los agentes históricos. Ciertamente, parecería que White mismo concede más de lo que debería al realismo histórico cuando, al contrastar la narrativa verdadera con la simple crónica acepta, algunas veces, que la crónica, a diferencia de la narrativa, transmite lo que se percibe o lo que pudo haberse percibido. No obstante, la labor del historiador al hacer crónica o narración no es añadir algo inventado o algo percibido; su labor es *pensar sobre algo* percibido con objeto de descubrir las formas que ejemplifica. Dado que no existe algo análogo a esto en la construcción de la narrativa ficticia, es difícil entender la insistencia de White de que la historia narrativa y la ficción no pueden contrastarse más con respecto a su contenido de lo que pueden serlo con respecto a su forma.

Al subrayar constantemente la naturaleza supuestamente poética más que real de la trama narrativa en la historia, parece que White desea representar a la imaginación histórica como libre —como si tuviera “los hechos” completamente a su disposición. De acuerdo con él, por ejemplo, “porque cualquier conjunto dado de acontecimientos reales puede ser dispuesto de diferentes maneras”, ninguna secuencia de tales acontecimientos “es intrínsecamente trágica, cómica, o propia de la farsa, etcétera”. Como en ensayos previos, el candor lo fuerza sin embargo a admitir que puede no ser posible disponer un conjunto dado de acontecimientos de ninguna manera. Incluso llega a hablar en cierto momento de la necesidad de “comprobar” las disposiciones. Sin profundizar más en lo que él cree que deberían de consistir tales comprobaciones, y sin un análisis más extensivo del que se ofrece en el presente libro de la forma narrativa misma, puede fácilmente interpretarse que White sostiene que los historiadores pueden disponer del pasado completamente a su antojo. Pueden tener buenas o malas razones para disponer de él como lo hacen, pero puesto que éstas *ex hypothesi* no pueden ser razones teóricas, deben ser prácticas, es decir, “ideológicas”. Lo que White ofrece al final es una versión de la teoría pragmática de la historia, las terribles consecuencias de lo que él honestamente, pero de alguna manera espeluznante, acepta en el comentario que hace acerca de la interpretación sionista del Holocausto. La verdad de tal interpretación, dice, “consiste en su efectividad al justificar una amplia gama de políticas israelíes actuales”. Tal reducción de la historia a la categoría de propaganda política debe ser sin duda rechazada, sin importar cuán valiosa sea la causa a la que aparentemente se sirve. El libro de White, a pesar de sus muchos méritos, ofrece muy pocos recursos para oponérsele.

Al subrayar constantemente la naturaleza supuestamente poética más que real de la trama narrativa en la historia, parece que White desea representar a la imaginación histórica como libre —como si tuviera “los hechos” completamente a su disposición.

